

La teoría del esclavo guerrero del velocista jamaicano

«¡Bienvenido a casa de nuevo!», le dice el científico negro al científico blanco con una sonrisa de gato de Cheshire enseñoreándose de su rostro.

El científico negro es Errol Morrison, el investigador médico más prestigioso de Jamaica. El «síndrome de Morrison» es una forma de diabetes que él asoció a las infusiones de hierbas que algunos jamaicanos consumen en cantidades copiosas. Morrison goza de tanta estima en la isla que en cierta ocasión en que se le iba a entregar un premio por su trabajo, la médico que lo presentó a la audiencia bromeó diciendo que cuando salía del país las personas que sabían que era jamaicana le daban la bienvenida al grito de: «¡Bob Marley!», a menos que se tratara de un congreso sobre diabetes, en cuyo caso decían: «¡Errol Morrison!»

Morrison también es presidente de la Universidad Tecnológica de Kingston, que es conocida familiarmente como la UTech, y cuenta con doce mil alumnos. Y en este preciso momento, a finales de marzo de 2011, está bromeando con el científico blanco, Yannis Pitsiladis, biólogo y experto en obesidad de la Universidad de Glasgow, que visita habitualmente la isla y recientemente obtuvo el nombramiento de profesor distinguido adjunto del incipiente programa de Ciencias del Deporte de la UTech.

En este momento los hombres se están estrechando las manos, mientras mantienen la que les queda libre en el hombro del otro. Entre ambos brilla el afecto. Esa noche se relajarán durante la cena en la aireada casa de Morrison, situada en lo alto de una colina y desde donde las luces de Kingston se ven abajo como pequeños puntos brillantes.

Pero Pitsiladis está en la ciudad por trabajo. Hace ya diez años que lleva acudiendo allí, provisto de torundas de algodón y recipientes de plástico, para hacerles frotis bucales y pedirles su saliva a los hombres y mujeres más

veloces del planeta. No hay ningún otro sitio en la Tierra con más probabilidades de que durante la comida se tropiece con media docena de hombres y mujeres que hayan corrido los 100 lisos en unas olimpiadas. Y cuando ocurre, hará todo lo posible para recolectarles el ADN. (En cierta ocasión, durante un encuentro casual en un acto social con un corredor de talla mundial, Pitsiladis se apresuró a esterilizar una copa de vino para recoger su saliva.) La propia UTech, con su humilde pista de césped de 300 m, es un semillero de velocidad. Los velocistas y saltadores que entrenaban en la UTech ganaron más medallas en atletismo (ocho) en los Juegos Olímpicos de Pekín, que las que docenas de países enteros consiguieron en todos los Juegos.

Durante la cena, Morrison y Pitsiladis hablarán de su meta científica común: el esclarecimiento de los factores, genéticos y medioambientales, que han hecho de una diminuta isla de tres millones de habitantes la factoría mundial de la velocidad.²¹⁹ Han puesto sus formidables cerebros a trabajar juntos, y publicado artículos conjuntamente. También cuentan con una abundante bibliografía científica sobre el tema por separado.

Y las conclusiones de todos esos artículos sobre el tema de la educación o la herencia casi no podrían ser más opuestos.

En la libreta de notas donde apunta los gastos relacionados con el trabajo, Pitsiladis tiene una partida presupuestaria para pagar a un curandero de Jamaica para que consienta en una recogida de muestras de ADN en su comunidad. Huelga decir que hay pocos investigadores en el mundo como Pitsiladis.

Sus antepasados abandonaron Grecia después de la Segunda Guerra Mundial en busca de trabajo, lo que primero les llevó a Australia y más tarde a Sudáfrica. Desde 1969, cuando tenía dos años, Pitsiladis vivió en la tierra del *apartheid*. En 1980, su familia regresó a Grecia, a la isla de Lesbos, donde el ahora científico se obsesionó con entrenarse para convertirse en jugador profesional de voleibol. El futuro biólogo abandonó la facultad para entrenar, pero cuando dejó de crecer después de alcanzar el 1,78 m, renunció a su sueño del voleibol. Sus anteriores vidas, tanto en Sudáfrica como en Grecia, pueden considerarse integradas en el trabajo que realiza ahora: buscar genes que hagan los mejores deportistas del planeta e indagar si una etnia ha acaparado el mercado de ese preciado ADN. Durante un decenio, eso ha

significado viajar a Etiopía, Kenia y Jamaica, a los campos de entrenamiento de algunos de los atletas más resistentes y explosivos del planeta.

Ha sido un trabajo arduo. Una y otra vez, a Pitsiladis se le ha negado la financiación necesaria para examinar los genes de los deportistas, porque los fondos para la investigación de la genética humana están destinados generalmente al estudio de la ascendencia humana o de su salud o enfermedades. Así que Pitsiladis sustenta su puesto académico de la Universidad de Glasgow estudiando la genética de la obesidad infantil, una línea de investigación que atrae sustanciosas subvenciones. El decano de Pitsiladis en Glasgow ha insistido en que abandone su trabajo sobre el deporte y se centre en la investigación sobre la obesidad. Pero Pitsiladis es un maníaco de su pasión investigadora, que no es precisamente la genética de la obesidad.

«Acabo de publicar un artículo sobre un gen de la grasa», dice, «pero [el gen] tiene un efecto muy pequeño, que además se puede contrarrestar con el ejercicio físico. Y encontraremos muchos más genes, y ya te puedo asegurar cuál será la respuesta». Levanta el pulgar y el índice y los separa unos dos centímetros. Con eso quiere dar a entender que aunque los científicos encuentren docenas, cientos o miles de variaciones del ADN que contribuyan a la predisposición a ser gordo, todos juntos aportarán una parte insignificante a la explicación de la epidemia de obesidad del mundo industrializado.

Cuando Pitsiladis pasa de hablar de la genética de la obesidad a su otro trabajo, el de fisgar en los genes de los mejores atletas del mundo, es como si se quitara una máscara de expresión huraña. De vez en cuando, se pone la camiseta oro y verde de los atletas etíopes que le regaló un medallista de oro de aquel país, y los mechones de su pelo canoso rebotan en sus sienes a causa del entusiasmo. Sus párpados se despegan, y su delicado acento, una amalgama de todos los países donde ha vivido, adquiere un timbre de mezzosoprano. «Mi cerebro nunca deja de lado este tema», asevera. «Nunca para. Jamás. ¡En cierta ocasión, estuve todo un año detrás de obtener una muestra de ADN! ¿Quién más hace eso?» En cuanto a la ciencia del deporte, la respuesta es: nadie, porque apenas hay financiación para eso.

Por consiguiente, la investigación sobre el deporte de Pitsiladis debe avanzar a través de la facultad de ciencias del «hágaselo usted mismo». Desde que empezó a visitar Jamaica en 2005, Pitsiladis ha pagado gran parte del

trabajo de su propio bolsillo (tuvo que pedir dos hipotecas más sobre su casa), y a tal fin ha colaborado con los medios de comunicación (vendió unas imágenes filmadas en Jamaica a la BBC para un documental) y se ha asociado con científicos extranjeros (el Estado japonés ha hecho virguerías para destinar una magra financiación a la investigación de la genética del deporte), además de conseguir alguna pequeña ayuda de los amigos (un viaje a Jamaica en 2008 se lo financió el dueño del restaurante indio de Glasgow del que es asiduo Pitsiladis, a condición de que permitiera que el hijo del dueño le siguiera a todas partes).

Esto es la ciencia en su versión más hermosamente audaz y económicamente precaria. Y, sin embargo, para Pitsiladis, obtener financiación puede ser tan desgarrador como no obtenerla. Tiene un miedo cerval a volar. Para su secretaria no es ninguna sorpresa recibir una llamada antes de cada vista a África o Jamaica, en la que el hombre al otro lado de la línea le suplica que cancele el viaje. Pero con la ayuda de algún buen tinto de crianza, siempre acaba subiendo a bordo.

No todos sus viajes a Jamaica han girado en torno a la recogida de ADN. En sus primeras visitas, Pitsiladis actuó más como un antropólogo, dedicándose a pedirle a los jamaicanos que le expusieran sus teorías sobre los secretos de la factoría de velocistas. Las respuestas iban desde los tubérculos que comían a la costumbre de los niños rurales de perseguir animales, pasando por la historia de las personas que huían corriendo a toda velocidad de los dueños europeos de los esclavos. Esta última idea tal vez parezca algo tonta, pero hunde sus raíces a tanta profundidad como las cavernas del noroeste de Jamaica, el escenario de donde surgen.

Al principio de sus aventuras jamaicanas, Pitsiladis se enteró de que la isla no sólo produce en efecto un número extravagante de los mejores velocistas del mundo —los plusmarquistas canadienses y británicos de los 100 metros son expatriados jamaicanos, y los principales velocistas norteamericanos tienen frecuentemente raíces jamaicanas—, sino que muchos proceden del diminuto distrito de Trelawny y sus alrededores, en el cuadrante noroccidental de Jamaica.²²⁰ Los Juegos Olímpicos de Pekín 2008 fueron el mayor logro de los sesenta años de éxitos jamaicanos en la velocidad. Y los ganadores de 2008 tanto de los 100 y 200 metros masculinos como de los 200 metros femeninos —Usain Bolt y Veronica Campbell-Brown, los principales

velocistas de una generación— provenían de Trelawny. En el siglo XVIII, el lugar se convirtió en el hogar de un pequeño grupo de guerreros fantásticos que bajaban los escarpados acantilados de piedra caliza del denso bosque húmedo de Country Cockpit, para adentrarse en los valles de abajo y aterrorizar a los soldados más distinguidos del ejército más temido del mundo.

Fueron estos guerreros jamaicanos, le dijeron a Pitsiladis, los que engendraron a los jefes del atletismo actual.

El 3 abril de 2011, una semana después de su cena de *gourmet* con Morrison, Pitsiladis está sentado en una silla de plástico mellada, en una habitación de hormigón mal iluminada en la región del bosque húmedo de Jamaica que la mayoría de los nativos de la isla jamás han visto. Y está luchando por su ciencia.

Al otro lado de una mesa de madera que han arrastrado hasta allí para esta reunión está el coronel Ferron Williams, el líder de Accompong Town. Williams viste una camisa de manga corta con el cuello abotonado de color marrón dorado, y ladea burlescamente su cabeza perfectamente afeitada mientras escucha. A su izquierda está Norma Rowe-Edwards, su ayudante y enfermera del pueblo.

En la visita de Pitsiladis tres años antes para recoger muestras de ADN de los habitantes de Accompong, Rowe-Edwards expresó su preocupación sobre el método para recoger las muestras que exige frotar el interior de las bocas con las torundas de algodón. A los pocos días, el chisme que corría por Accompong era que los frotis de mejilla de Pitsiladis estaban propagando el sida.

A la derecha del coronel está un lugareño a quien Pitsiladis contrató en 2008 para que le ayudara a recoger las muestras. El hombre le prometió reunir el ADN de doscientos indígenas de Accompong. Pero cuando Pitsiladis regresó a Glasgow para analizar el material, resultó que la secuencia de G, T, A y C de cada una de las doscientas muestras era la misma. El hombre afirmó que los habitantes de la zona debían de tener unos parentescos muy próximos. Pero la secuencia no era «próxima», sino «idéntica». El hombre se había pasado la torunda por la boca doscientas veces.

A pesar de esos esfuerzos previos, representados por las personas que se

sientan en este momento a la mesa, Pitsiladis se impone en la conversación que tiene lugar. Los equipos de recogida de ADN ya no necesitan torundas, basta con escupir en un disco de plástico, así que las preocupaciones de la enfermera acerca de las invasivas pruebas se han aliviado. Y al coronel le gustaría atraer el interés, y a los visitantes, por la sinuosa y solitaria carretera de montaña que conduce hasta esta diminuta comunidad de granjeros y por sus bajas construcciones de cemento pintadas con colores pastel y levantadas arbitrariamente al lado de unas chabolas inclinadas. Así que está encantado de vigilar el trabajo científico para que pueda avanzar sin obstáculo. Al terminar la reunión, el coronel se ha inclinado sobre la mesa para estrechar la mano a Pitsiladis. Le ha dado permiso para recoger más muestras.

Este trozo de Jamaica es de una importancia primordial para Pitsiladis. La tradición oral del noroeste de Jamaica cuenta que los esclavos más violentos eran llevados allí, primero por los españoles y finalmente por los británicos, porque la zona estaba rodeada de acantilados y el océano, y era difícil escapar. La parte de la historia que llevó allí a Pitsiladis empezó en 1655, cuando la Marina Británica llegó a Jamaica para arrancar el control de la isla a los españoles. Los esclavos más intrépidos se aprovecharon del caos para huir al interior de Cockpit Country, las tierras altas montañosas del noroeste de Jamaica. Los esclavos huidos fundaron sus propias comunidades y acabaron siendo conocidos como *maroon*, adaptación de cimarrón, palabra española que define a los caballos domesticados que huyen y se hacen montaraces.²²¹

El paisaje de Cockpit Country es completamente excepcional en la isla, y escaso en el mundo. Conocida como topografía cárstica, el remoto bosque húmedo cubre la piedra caliza que ha sido erosionada por millones de años de lluvia, lo que creó unos valles en forma de estrella —denominados *cockpit* [galleras]— amurallados por los escarpados y mareantes acantilados. Al contrario que la mayoría de los valles formados por el agua, éste carece de ríos. El agua se abre camino a través de la porosa caliza y desaparece en un entramado de cavernas subterráneas. A los maroon que se adueñaron del terreno y que conocían el trazado de los sumideros de piedra caliza, Cockpit Country les proporcionaba una defensa inexpugnable contra las tropas británicas.

Después de arrebatarse la isla a los españoles,²²² los británicos aumentaron desenfrenadamente la importación de esclavos de África, a los que llevaron a

miles desde sitios que corresponderían con las actuales Ghana y Nigeria. Muchos pertenecían a grupos étnicos expertos en la guerra —como los coromantee de Ghana—, que ocasionalmente eran vendidos como esclavos por los pueblos rivales que los capturaban. De la correspondencia de la época entre los funcionarios británicos²²³ se desprende el profundo respeto que sentían por los coromantee, a quienes un gobernador británico de Jamaica calificó de «héroes natos [...] implacablemente vengativos cuando se les trata mal» y de «peligrosos reclusos de una plantación de las Indias Occidentales». Otro británico, al escribir sobre ellos en el siglo XVIII, decía de los coromantee que estos «negros de la Costa del Oro» se distinguían «por su dureza tanto de cuerpo como de mente; una encarnizada disposición [...] una elevación del alma que les impulsa a afrontar la dificultad y el peligro».

En la década de 1670, a medida que crecía tanto el número de esclavos llevados a Jamaica como de los que huían para unirse a las comunidades incipientes de las montañas, los maroon quemaban las plantaciones de caña de azúcar, pintando el cielo nocturno del color de sus intenciones. «Ninguna llama es más alarmante» que la del fuego de la caña, escribió William Beckford, un inglés que vivía en Jamaica. «La furia y velocidad con que arde y se transmite es imposible de describir.» De entre aquellos audaces coromantee salió el genio militar conocido como capitán Cudjoe.

Cudjoe, junto con Nanny, la líder de los maroon del lado de levante de la isla, creó un sofisticado sistema de espionaje que empleaba a los soldados maroon y a los esclavos de las plantaciones para seguir los movimientos de los soldados británicos.²²⁴ Cuando los británicos se aventuraban al interior de Cockpit Country para recuperar a los esclavos huidos, los guerreros de Cudjoe les tendían una emboscada, y no sólo los repelían pese a su superioridad numérica, sino que acabaron creando una fuerza armada gracias a las armas capturadas. Las batallas eran tan dispares que los soldados del engréido Imperio Británico, escribió un hacendado inglés, «no se atreven a mirarles [a los maroon] a la cara [...] en igualdad numérica». Aquel terror de los británicos sigue incorporado a la toponimia local de los distritos de Cockpit Country: *Don't Come Back* [No volváis] y *Land of Look Behind* [Tierra de la mirada atrás].

La batalla cumbre tuvo lugar en 1738, a poca distancia de donde Pitsiladis se reunió con el coronel para hablar de la recogida de ADN. Un grupo de

soldados de Cudjoe se escondieron en una cueva, conocida ahora como Cueva de la Paz, y colocaron un peñasco suelto en el sendero que discurría fuera. Al pasar por su lado, los soldados británicos iban chocándose con la piedra, permitiendo así que los maroon fueran contando su número mientras esperaban. Luego, uno de los cimarrones salió de la cueva e hizo señales a los que esperaban en las colinas circundantes soplando un abeng, un instrumento atronador hecho con el cuerno de una vaca pintado de verde. Los guerreros maroon inundaron el valle desde todas las direcciones y masacraron a los soldados británicos. La leyenda cuenta que sólo se le perdonó la vida a un soldado británico, que fue enviado a su casa con la oreja en la mano para que contara a sus superiores lo que había sucedido. Poco después de la carnicería, los británicos firmaron un tratado con los maroon por el que se concedía a éstos su remoto territorio —Cudjoe fue nombrado comandante en jefe de la cercana Trelawny Town— y la libertad, todo un siglo antes de que se produjera la manumisión oficial.

En la actualidad, los aproximadamente quinientos maroon de Accompong Town constituyen una nación soberana dentro de Jamaica. Y justo encima de la colina donde Pitsiladis y el coronel se reunieron están los hogares de la infancia de Usain Bolt y Veronica Campbell-Brown.²²⁵ Los maroon de Accompong Town no dudan en reivindicarlos como miembros de su linaje.

«Nadie puede afirmar que hubiera una selección de los esclavos más en forma físicamente», dice Pitsiladis, que ha visto por sí mismo los documentos históricos, entrevistado a expertos de la isla y escrito en colaboración artículos sobre los estudios estadísticos del comercio de esclavos en Jamaica. «Los tipos que vendían a los esclavos eran sus vecinos», dice. «Lo que ocurría era lo siguiente: yo sabía que eras fuerte, y antes de que tú lo supieras, ya te había puesto una capucha en la cabeza y te había vendido. Así que, al final, los que llegaban a esos barcos eran los más fuertes y aptos.» Y los más fuertes y aptos de aquellos, supuestamente acabaron en el cuadrante noroccidental de la isla como indómitos maroon. «Y ésa es la región de la que proceden los atletas de Jamaica», dice Pitsiladis. «Así que, en conjunto, la historia es realmente oportuna.»

Y la historia es:²²⁶ que de África fueron sacadas personas fuertes; que las más fuertes de ellas sobrevivían al cruel viaje hasta Jamaica; que las más

fuertes de estas fuertes nutrieron la sociedad maroon que se enclaustró en la región más remota de Jamaica, y que los velocistas olímpicos actuales proceden de aquel aislado reservorio genético de guerreros. (En un documental de 2012, el velocista y plusmarquista mundial Michael Johnson se mostraba partidario de esa teoría: «Es imposible pensar que ser descendiente de esclavos no ha dejado una impronta a lo largo de generaciones [...]. Por difícil que resulte de oír, la esclavitud ha beneficiado a los descendientes como yo. Estoy convencido de que somos portadores de un gen que nos proporciona una superioridad en los deportes».)

Desde 2005, Pitsiladis ha reunido el ADN de los maroon además del de 125 de los mejores velocistas jamaicanos de los últimos cincuenta años. (Tiene buen cuidado de no identificar con precisión a los atletas de los que ha obtenido el material genético. Cuando visité el laboratorio de Pitsiladis en Glasgow, no le quitó ojo a un alumno de posgrado que estaba utilizando una probeta para trasladar el ADN de «los semejantes a Usain Bolt» a una placa portamuestras de plástico.)

Aunque en fase preliminar, sus datos no han apoyado especialmente la idea de que la sociedad guerrera maroon generara la sociedad de velocistas jamaicanos.

Los maroon de Accompong Town me dijeron una y otra vez que eran capaces de identificar entre una multitud a otros maroon por la oscuridad de su piel. Pero, cuando insistí, la mayoría admitió que aquello formaba parte de la tradición folclórica oral, y que en realidad lo más probable es que no fueran capaces de semejante cosa. Y tampoco Pitsiladis, a partir del ADN de esta gente, es capaz de distinguir a los maroon de los demás jamaicanos. «Se parecen [genéticamente] a los africanos occidentales, y también a todos los demás jamaicanos», afirma. «Eche un vistazo por ahí e intente decirme qué es un jamaicano.»

A lo que se refiere Pitsiladis es al hecho de que el ADN de los jamaicanos responde al lema del país: «De muchos, un pueblo». Los esclavos llegaron a Jamaica procedentes de un montón de países de África y de un puñado de grupos étnicos que vivían en esos países. Los estudios genéticos de los antepasados de los jamaicanos han encontrado una diversidad de estirpes africanas. Un estudio realizado sobre una parte de los cromosomas Y de los jamaicanos²²⁷ —transmitidos sólo de padres a hijos— halló que tendían a

parecerse más a los africanos del Golfo de Biafra, el cual comprende las regiones litorales de Nigeria, Camerún, Guinea Ecuatorial y Gabón. Por otro lado, una investigación sobre el ADN mitocondrial de los jamaicanos descubrió un mayor parecido con los africanos del Golfo de Benin y la Costa del Oro, en las que se incluyen regiones de Ghana, Togo, Benin y Nigeria. Como pasa con los afroamericanos, todos los estudios coinciden en señalar que las líneas genéticas maternas de los jamaicanos proceden casi exclusivamente de África Occidental, aunque de una diversidad de países.²²⁸

Resumiendo, como era de esperar por los antecedentes de importación de esclavos a la isla, los habitantes descienden de África Occidental, pero de una diversidad de grupos étnicos que residían allí. (Después de todo, si por algo se hizo famoso el capitán Cudjoe fue por reunir guerreros de diferentes tribus como los ashanti, los congoleños y los coromantee.) Y eso por no hablar de los estudios genéticos que han descubierto que algunos jamaicanos son portadores de una fracción del ADN de los indios nativos americanos, probablemente como consecuencia de haberse mezclado con el pueblo taino, los indígenas de Jamaica que antaño algunos historiadores consideraban extinguidos por las enfermedades y la persecución a manos de los colonizadores españoles, antes de la llegada de los esclavos procedentes de África Occidental.

Los padres de Colin Jackson, que fue plusmarquista mundial de los 110 metros vallas desde 1993 a 2006, son jamaicanos, aunque él nació y se crió en Gales. Después de realizarse un análisis genético en 2006 para participar en el programa sobre ascendencias de la BBC *Who Do You Think You Are?*, descubrió no sin sorpresa que su ADN revelaba que era taino en un 7 por ciento. En la actualidad, los historiadores creen que un reducido número de tainos debieron de haber sobrevivido a la ocupación española huyendo a las colinas para unirse a los maroon.²²⁹ Así que el británico Jackson quizá sea otro plusmarquista mundial más de la velocidad con herencia maroon. (En 2008, cinco años después de haberse retirado, Jackson participó en otro programa de la BBC, *The Making of Me*, en el que un laboratorio de la Ball State University obtuvo una muestra del tejido muscular de su pierna y determinó —para regocijo de Jackson— que tenía la mayor proporción de fibras musculares del tipo IIb o de «contracción superrápida», que el laboratorio hubiera visto nunca.)

Es indudable que todavía quedan por descubrir laberintos relacionados con la herencia genética de los jamaicanos, así como con la de los principales velocistas de la isla. Pero, al menos, el trabajo de Pitsiladis y otros ha demostrado que ni los maroon ni los jamaicanos en general constituyen una especie de unidad genética monolítica y aislada. Antes bien, y como debería esperarse de un grupo mestizo de africanos occidentales, los jamaicanos presentan una diversidad genética sumamente elevada. (Aunque, como también es de esperar, los jamaicanos no son sin duda «nada» diversos cuando se trata del «gen de la velocidad» ACTN3. Casi todos los jamaicanos tienen una copia de la versión adecuada para la velocidad.)

Si el fenómeno de la factoría de la velocidad es cuestión de los indígenas del Caribe obsesionados por la velocidad con el mayor índice de africanidad genética, entonces deberíamos esperar más velocistas de primer nivel de Barbados, porque los 250.000 habitantes de la diminuta isla suelen tener la ascendencia menos diluida de africanos occidentales del Caribe. (Dicho esto, y dada su población, en realidad Barbados está representada en exceso —un medallista olímpico en los 100 metros en 2000 y un finalista olímpico en los 110 metros vallas en 2012— aunque no hasta el punto de Jamaica. Las diminutas Bahamas, con 350.000 habitantes, también es siempre unos de los mejores países en velocidad del mundo. Las Bahamas derrotaron a Estados Unidos y ganaron el oro en los relevos 4×400 masculinos en los Juegos Olímpicos de 2012. Trinidad y Tobago, con una población de 1,3 millones de habitantes, es otra potencia caribeña más de la velocidad a nivel mundial.)

Cuando Pitsiladis comparó dos docenas de variantes genéticas que se habían asociado al rendimiento en velocidad —aunque en algunos casos de una forma sumamente endeble— de velocistas jamaicanos y de los sujetos de un grupo de control, los resultados «apuntaron en la dirección correcta», dice Pitsiladis, «aunque no fue nada espectacular». Esto es, los velocistas propendieron en efecto a tener más versiones «correctas» que los no velocistas, aunque en absoluto fue siempre ése el caso. Uno de los alumnos de posgrado de Pitsiladis, que fue utilizado como sujeto de control, tenía más variantes de la velocidad que «los semejantes a Usain Bolt». Esto no significa que los genes no sean de trascendencia para la velocidad, sino más bien que los científicos han identificado sólo un número muy reducido de genes relevantes.

Pitsiladis sigue analizando los genes de los mejores velocistas jamaicanos, y a medida que la tecnología ha hecho más fácil el estudio de amplias bandas del genoma, en su trabajo han surgido unas cuantas variantes génicas que diferencian a los velocistas de los sujetos de control y que por consiguiente se presentan como potenciales influencias para triunfar como velocistas, aunque la historia es oscura. Y dado que hay demasiados pocos velocistas del calibre «medallista olímpico» en todo el mundo para hacer grandes estudios, probablemente seguirá sumida en la oscuridad. Los científicos del deporte tienen por delante un camino sinuoso hasta descubrir muchas de las cualidades físicas que conducen al alto rendimiento en el deporte, ya no digamos para identificar los genes que las apuntalan.

En sus diez años de viajes a Jamaica, las teorías de Pitsiladis en relación a la factoría de la velocidad mundial se han visto menos influidas por los datos que ha reunido con caros secuenciadores de ADN y cromatógrafos, y bastante más por los datos que ha reunido con otros dos importantes instrumentos científicos: sus globos oculares.

Conocidos simplemente como los «Champs», los campeonatos nacionales de atletismo de instituto de Jamaica llevan celebrándose sin interrupción desde 1910 —cuando la isla seguía siendo colonia británica y las carreras eran organizadas por los directores de seis colegios masculinos—, y es el mayor espectáculo anual de la isla.²³⁰

Los Champs se prolongan durante cuatro días de competiciones en los que intervienen los niños y las niñas de cien institutos. La descontrolada jornada de clausura es lo que uno podría conseguir si de pronto el contenido de mil clubes nocturnos fuera arrojado a una reunión de atletismo.

Los 35.000 asientos del Estadio Nacional de Kingston se convierten sólo en localidades de pie, y un número considerable de aficionados alardean por los pasillos bailando el *whine*, una danza con un metódico contoneo de caderas que hará ruborizarse a más de un extraño. Por la noche, los vestíbulos del estadio están envueltos en el aroma del aliño del *jerk*, y las zonas de asiento llenas de devotos de un determinado instituto se cubren de banderas de colores del tamaño de las velas de una goleta. Cuando los aficionados localizan un *cracker* —expresión local para designar una carrera muy reñida—, el ruido de los vítores, gritos, silbidos y bocinas aumenta hasta hacerse

ensordecedor cuando los atletas se inclinan en una piña al llegar a la línea de meta. Si el último corredor en una carrera de relevos empieza alcanzando a un adversario, el locutor recordará por los altavoces a los espectadores que no muestren su entusiasmo saltando a la pista desde las gradas. Los velocistas olímpicos aparecen para animar a sus antiguos colegios o para darse un baño de multitudes. En los Champs de 2011, un séquito de chicas con camisetas de lentejuelas y de chicos con cazadoras abiertas y zapatillas sin abrochar se apelotonaban en torno a Asafa Powell, mientras el ex plusmarquista mundial —con vaqueros de marca, cadenas de oro y gafas de sol en plena noche— se paseaba por las gradas.

El atletismo de los más jóvenes causa furor en Jamaica. Antes de que apareciera Usain Bolt, las reuniones de atletismo profesionales en Kingston se celebraban para unas gradas vacías, siendo superadas en convocatoria de público incluso por el campeonato nacional para la categoría de cinco y seis años. Las tiendas de Puma de Kingston venden equipamientos que ostentan los emblemas de los colegios con sagrados historiales en los Champs, como el Calabar High, llamado así en honor de una ciudad portuaria de Nigeria, punto definitivo de embarque de los esclavos. La locura por el atletismo de los pequeños provoca el deseo entusiasta de ayudar a los colegios locales para que triunfen en los Champs. Un entusiasmo como el de Charles Fuller.

Allá en 1997, cuando era empleado de la empresa de aluminio Alcan Jamaica, a Fuller le ponía enfermo ver que los niños más rápidos de su localidad abandonaban el distrito de Manchester para irse al instituto. Le entristecía ver a los niños y niñas del barrio ayudar a otros colegios a derrotar al instituto de Manchester en los Champs. Con la intención de llevar de nuevo a lo más alto de los Champs a su equipo local, Fuller empezó a orientar a los corredores locales hacia el instituto de Manchester. Corredores como Sherone Simpson.

Fuller vio a Simpson en 1997, en una carrera local de 100 metros para corredoras de doce años. Su apacible voz de barítono retumba cuando describe el momento. «Los corrió en 12:2, cronómetro en mano», dice, y abre mucho los ojos. «¡Y era una carrera descalzo, y sobre hierba!» A Fuller le dejó maravillado la elasticidad de la complexión de la corredora, que le recordó a la de Grace Jackson, una olímpica jamaicana de la década de 1980.

Pero Simpson era una estudiante excelente, y las notas de sus exámenes en

la escuela primaria le habían hecho ganar una plaza en el Knox College, uno de los mejores colegios públicos de Jamaica, aunque uno que no tenía equipo de atletismo. Y ahí fue donde Fuller intervino.

Después de convencer a los padres de Simpson, Audley y Vivienne, del potencial de su hija para el atletismo, Fuller consiguió sumar a su causa al director del Manchester, Branford Gayle. Éste se puso en contacto con el Knox College, y con un poco de insistencia consiguió que Knox concediera un traslado a Simpson.

Durante los primeros años, la chica hizo un buen papel en los Champs, aunque estaba más centrada en sus estudios. En Jamaica, los entrenadores de los institutos suelen ser muy conservadores en la forma de entrenar: la mayoría de los alumnos de primer año no entrenan a diario, y los atletas no levantan pesas hasta que tienen por lo menos quince o dieciséis años. «No era intenso», dice Simpson del entrenamiento del instituto.

Pero en 2003, en su último año en el Manchester, Simpson estalló. Acabó segunda en los 100 metros de los Champs por un omóplato de la futura medallista olímpica Kerron Stewart. Los ojeadores de las universidades norteamericanas, a los que se les distinguía por los logotipos a juego de sus camisas y sombreros, merodeaban por las gradas de los Champs. (Algunos también destacaban debido al escaso número de espectadores blancos presentes en el estadio. Cuando asistí a los campeonatos, un adolescente se me acercó y me dijo: «Perdone, señor» varias veces, antes de que cayera en la cuenta de lo que pretendía decirme: «¿Tiene becas disponibles?» Sentí decepcionarle.) Simpson estaba a punto de aceptar una beca completa de estudios para la Universidad de Texas-El Paso, cuando una vez más uno de sus ángeles de la guarda del atletismo intervino.

En la cercana UTech —de la que es presidente Errol Morrison— el entrenador Stephen Francis estaba atareado en crear el Club de Atletismo MVP, un intento de proporcionar a los atletas jamaicanos un lugar donde seguir entrenando después del instituto sin que tuvieran necesidad de marcharse a Estados Unidos y al sistema de entrenamiento de la NCAA, del que los entrenadores jamaicanos opinan que sobrecargan de carreras a los atletas. Así que el director del instituto de Manchester, Gayle, llamó a Simpson a su despacho. «Estarás un año en la UTech y veremos cómo va la cosa», se recuerda diciendo Gayle. «Luego, dejaré que llores y te seques las

lágrimas. Y ella estuvo de acuerdo.»

En 2004, su primer año en la UTech, Simpson explotó en el ámbito internacional, terminando sexta en la final de los 100 metros de los Juegos de Atenas. Una semana después, y tras sólo dos de haber cumplido los veinte años, Simpson dejó atrás a la superestrella yanqui Marion Jones en el segundo relevo de los 4×100 femeninos y se convirtió en la medallista de oro más joven de la historia de Jamaica. Cuatro años más tarde, en Pekín, y por detrás de su compañera de la UTech Shelly Ann Fraser-Pryce, ganó la plata *ex aequo* hasta la centésima de un segundo con Kerron Stewart, que cinco años atrás la había vencido por los pelos en los Champs. El pódium olímpico de Jamaica: 1-2-2.

En un sofocante día de primavera, recostada contra un banco de cemento ante la vista de las majestuosas Blue Mountains y al lado de una pista de césped demasiado pequeña donde entrena el MVP Track Club, los labios de Simpson se elevan hacia sus pómulos increíblemente prominentes mientras vuelve a pensar en su trayectoria. «Recuerdo vívidamente el día que el señor Fuller me vio correr por primera vez y se acercó a mí para decirme que tenía un potencial tremendo», dice. «¡Todo empezó allí!»

La historia de Simpson es representativa de lo mejor del sistema jamaicano: en las carreras infantiles, casi cada niño o niña está preparado para las carreras de velocidad en un momento u otro (las primeras victorias de Simpson se produjeron en los relevos cuando tenía cinco años, durante la jornada anual del deporte que se organiza en Jamaica para los escolares), y los adultos entusiastas del atletismo, como Fuller y Gayle, mantienen los ojos bien abiertos para localizar jóvenes veloces y reclutarlos para los institutos con un buen atletismo. En éstos, los jóvenes van poco a poco, aunque adquieren experiencia de las grandes carreras en los Champs, donde consiguen adoración y becas para mejorar el rendimiento. O, mejor aun, el aval de una empresa de calzado deportivo y el acceso a un club profesional.

El sistema de la velocidad jamaicano se parece al del fútbol americano en Estados Unidos, y está lleno de reclutadores sospechosos. (Varios entrenadores de instituto me contaron en los Champs que ahora tenían prohibido regalar frigoríficos a los padres para intentar reclutar a los hijos.) El sistema de busca y captura de talentos de la velocidad ha dado sus buenos

resultados a Jamaica en forma de oro olímpico. No fue otro que Usain Bolt el que de pequeño suspiraba por ser una estrella del cricket (su segundo deporte preferido era el fútbol), hasta que en la jornada de los deportes empezó a dejar atrás a sus iguales y lo metieron a la fuerza en el atletismo cuando tenía catorce años —e incluso entonces era famoso por saltarse los entrenamientos—, y en 2003 terminó estableciendo las plusmarcas de los 200 y los 400 metros de los Champs. Yohan Blake, el compañero de entrenamiento de Bolt que terminó segundo después que él en los 100 y los 200 metros en los Juegos Olímpicos de Londres 2012, también quiso ser jugador de cricket, pero a los doce fue descubierto como velocista durante la jornada de los deportes. Incluso los mejores velocistas norteamericanos llegan a través del sistema de búsqueda de talentos. Sanya Richards-Ross, una norteamericana que ganó el oro en los 400 metros en Londres, vivió en Jamaica hasta los doce años, y fue escogida a la fuerza por un entrenador de atletismo de primaria cuando, a los siete años, dejó atrás a las niñas de más edad en las carreras de la jornada de los deportes. «El entrenador me dijo: “Sí, vas a reforzar el equipo de atletismo”», recuerda Richards-Ross.

Los descubrimientos en el campo de la fisiología indican que entrenar la resistencia puede potenciar la capacidad de las fibras musculares de contracción rápida para resistir el cansancio, pero que el entrenamiento de la velocidad no aumenta la rapidez a la que se contraen las fibras de contracción lenta. Así que estar dotado con una elevada proporción de fibras de contracción rápida resulta esencial para convertirse en un velocista de élite. O, según el dogma de los entrenadores de fútbol americano: «Uno no puede enseñar velocidad». Esto es un tanto exagerado, porque la velocidad —y sin duda la capacidad para mantenerla— es susceptible de mejora. Pero acuérdense de los estudios holandeses de Groningen sobre el talento en el fútbol. Con independencia de cuál sea el entrenamiento, los niños lentos jamás alcanzarán a los niños rápidos en velocidad; y de las palabras de Justin Durandt, director del Discovery High Performance Centre del Instituto de Ciencias del Deporte de Sudáfrica: «Hemos probado a más de diez mil niños, y jamás he visto uno que fuera lento volverse rápido». Los niños lentos «jamás» se hacen adultos rápidos. Así que mantener a los niños más veloces en el proyecto de la velocidad resulta primordial. ¿Y en qué país que no fuera Jamaica podría un niño con una velocidad grandiosa que mide 1,93 m a los

quince años, como Bolt, acabar en otra parte que no sea una cancha de baloncesto o voleibol o un campo de fútbol americano? Si llega a nacer en Estados Unidos, sin asomo de duda Bolt hubiera sido conducido por la senda de los muy altos y veloces, como Randy Moss (1,93 m) y Calvin Johnson (1,95), ambos unos grandes y rápidos receptores abiertos de la NFL que ganaron millones de dólares. (El tamaño y velocidad de Johnson le ayudaron a pillar un contrato de 132 millones de dólares en 2012.)

Los resultados de la velocidad en los Champs son comparables en realidad a los de los campeonatos estatales de los grandes estados de la velocidad, como Texas, y su ambiente no tiene nada que envidiar en cuanto a fervor al del fútbol americano en los institutos texanos. Pero decenas de aspirantes a velocistas olímpicos norteamericanos acaban en su lugar en deportes que son más populares en Estados Unidos, como el baloncesto y el fútbol americano. (A un periodista deportivo jamaicano que conocí en los Champs le preocupaba que la creciente popularidad del baloncesto en la isla pudiera distraer el talento atlético en su beneficio.)

Trindon Holliday, un receptor abierto de la NFL, era un velocista tan extraordinario en la Universidad Estatal de Louisiana que derrotó a Walter Dix, del estado de Florida —que ganaría un bronce en Pekín llegando por detrás de Bolt—, en los 100 metros durante el campeonato nacional de 2007, pero a continuación renunció a su plaza en el equipo campeón del mundo de Estados Unidos para no perder un día de entrenamiento de pretemporada con el equipo de fútbol americano de la Universidad Pública de Louisiana. Xavier Carter, que estaba en la LSU en la misma época que Holliday, decidió hacerse velocista profesional sólo después de que no hubiera conseguido destacar como receptor abierto en los dos años que estuvo en el equipo de fútbol americano. En Jamaica, la clave para dominar la velocidad a nivel mundial es conservar a los mejores velocistas en la pista.

Es el sistema de búsqueda de talentos en toda la isla —por el que todos los niños están preparados para probar la velocidad en algún momento— al que Pitsiladis atribuye el éxito de Jamaica en la velocidad. Lo que no quiere decir que los genes no tengan importancia. «Sin duda, debes escoger a tus padres adecuadamente para ser plusmarquista mundial», dice, de forma retórica. «Pero Jamaica tiene miles y miles de velocistas, y consigues lo mejor haciendo lo que hay que hacer. Eso es lo que importa para este fenómeno. Si tuvieras

esto en otro país, verías exactamente lo mismo.»

Cuando una publicación escocesa recabó el consejo de Pitsiladis para los aspirantes a atletas del Reino Unido, el científico respondió: «Hazte velocista. Que no te preocupe ser blanco. La cosa no tiene nada que ver con el color de tu piel».²³¹

Su amigo y colega Errol Morrison estaría un poco en desacuerdo.

²¹⁹Un resumen de las teorías del éxito de la velocidad jamaicana (en la p. 2 se muestran los datos de la ACTN3 de los jamaicanos y otras poblaciones): Irving, Rachel y Vilma Charlton ed., *Jamaican gold: jamaican sprinters*, University of the West Indies Press, 2010.

²²⁰Las listas de los velocistas de ascendencia jamaicana que compiten en representación de otros países y de los velocistas jamaicanos de Trelawny se pueden encontrar en el anexo de: Robinson, Patrick, *Jamaican athletics: a model for 2012 and the world*, Black Amber, 2009. (Se trata sólo de unas listas parciales. La lista de Trelawny, por ejemplo, no incluye al finalista olímpico de los 100 metros Michael Green ni a la campeona del mundo de los 4×100 metros Merlene Frazer, nacidos en Trelawny.)

²²¹Una historia minuciosa sobre los maroon o esclavos fugitivos de Jamaica (las citas de los «héroes natos» y de la «elevación del alma» aparecen en la p. 45): Campbell, Mavis C., *The maroons of Jamaica 1655-1796*, Africa World Press, 1990.

²²²Una historia de Jamaica escrita con especial atención a la perspectiva afrojamaicana: Sherlock, Philip y Hazel Bennett, *The story of the jamaican people*, Ian Randle Publishers, 1998. (La cita de los «peligrosos reclusos» y la descripción de William Beckford del incendio de una plantación de caña aparecen en la p. 134, y la cita «no se atreven» en la p. 139. Las descripciones de las batallas de los maroon por alcanzar la independencia y de Cudjoe y Nanny se pueden encontrar en el capítulo 13: «Las guerras de liberación afrojamaicanas, 1650-1800.»)

²²³Una fascinante historia contemporánea de los maroon está en la reimpresión íntegra de cartas de principios del siglo XIX: Dallas, Robert C., *The history of the maroons: from their origin to the establishment of their chief tribe at Sierra Leone*, Adamant Media Corporation, vols. I y II, 2005. (Originalmente publicados en 1803 por T. N. Longman y O. Rees.)

²²⁴Nanny es tan venerada en Jamaica, que la leyenda de la isla cuenta que era capaz de agarrar al vuelo las balas de los británicos.

225 Es posible que también sea oriundo de Trelawny el velocista más tristemente famoso de todos los tiempos, el canadiense Ben Johnson, que después de ganar la medalla de oro olímpica de los 100 metros en 1988, días más tarde fue desposeído de ella al dar positivo por esteroides.

226 Una descripción de la historia del esclavo-guerrero-velocista, con la cita de Michael Johnson del documental del Channel 4: Beck, Sally, «Survival of the fastest: why descendants of slaves will take the medals in the London 2012 sprint finals», *Daily Mail*, 30 junio 2012.

227 Los cromosomas Y de los hombres jamaicanos: Benn Torres, Jada, «Y chromosome lineages in men of west african descent», *PLoS ONE*, 7(1), (2012), e29687.

228 Estudios genéticos de la demografía de Jamaica, con Errol Morrison y Yannis Pitsiladis como coautores: Deason, Michael L., y otros, «Interdisciplinary approach to the demography of Jamaica», *BMC Evolutionary Biology*, 12, (2012), 24. Deason, M., y otros, «Importance of mitochondrial haplotypes and maternal lineage in sprint performance among individuals of west african ancestry», *Scandinavian Journal of Medicine & Science in Sports*, 22, (2012), 217-23.

229 El ADN muestra que los indígenas americanos tainos no se extinguieron en Jamaica. El estudio también aporta datos sobre el grado de «africanidad» genética de diversas poblaciones caribeñas: Benn Torres, J., y otros, «Admixture and population stratification in african caribbean populations», *Annals of Human Genetics*, 72, (2007), 90-98.

230 La visita a los Champs debería estar en la lista de últimos deseos de cualquier aficionado al atletismo. El siguiente mejor premio: Lawrence, Hubert, *Champs 100: a century of Jamaican high school athletics, 1910-2010*, Great House, 2010.

231 El consejo de Pitsiladis a los potenciales velocistas blancos aparece aquí: «No proof sporting success is genetic according to academic», Scotman.com, 23 marzo 2011.